

## Angélica en presente continuo

*María Rosa Lojo*

Poeta, narradora, investigadora<sup>1</sup>

Angélica Gorodischer es un *flash*. Rauda y fulgurante como un cometa incrustado en la retina, fisura la percepción de lo habitual, cambia la perspectiva.

Lo primero suyo que leí fue *Trafalgar*, un libro de relatos de viaje vinculados por la presencia, en todos ellos, del comerciante rosarino Trafalgar Medrano. Pero un “pequeño detalle” lo aleja radicalmente de cualquier costumbrismo, introduce lo extraordinario en lo cotidiano. El personaje, vástago —según la minibiografía incluida— de la respetable burguesía profesional de la ciudad, no ofrece sus mercancías por las provincias, como un viajante normal de aquellos tiempos, ni siquiera por países exóticos: hace negocios interplanetarios que no le impiden encontrarse con sus viejos amigos —como la propia autora— para compartir un café. Ahí empezó un amor a primera lectura que me duraría para siempre.

Poco después iba a tocarme conocer no ya a Trafalgar sino a la misma Angélica. En 1985 mi primer libro de cuentos —*Marginales*—, resultó premiado en un concurso del Fondo Nacional de las Artes y ella estaba en el jurado, junto a María Esther Vázquez y Luis Gregorich. De su elección y de su generosa lectura, quedó un testimonio: la reseña del libro, publicada luego en la revista estadounidense *Letras Femeninas*. De ahí en más nos seguiríamos viendo, escribiendo y compartiendo espacios en la vida literaria, dentro y fuera del país.

Hoy nuevas generaciones de escritoras celebran, con razón, los logros de los actuales feminismos. Pero fueron las feministas de la primera hora, como Angélica, quienes abrieron esos caminos cuando la sola palabra “feminismo” despertaba en la Argentina todo tipo de alarmas y resquemores. Recuerdo haberla escuchado por la radio, aclarando con infinita paciencia y jovialidad a ciertos periodistas que ella no tenía nada contra los hombres. ¿Cómo iba a tenerlo? Se había dado el lujo desafiante de fugarse —contra la oposición de ambas familias— con el amor de su vida: Sújer Gorodischer, el Goro. Engendraron juntos tres hijos, dos de ellos, varones. Fueron descaradamente felices y comieron, durante décadas, no solo perdices, sino todo tipo de platos exquisitos: Angélica, entre otras cosas, era una cocinera refinada y llevó también este arte y este placer a sus ficciones.

El gran enfrentamiento, la batalla crucial, no la dio contra el “sexo opuesto” sino, como nos pasa a todas, por la construcción de la propia femineidad. Así, nos interrogamos sobre quién nos la lega, y sobre cómo lo hace: con qué pautas, qué permisos, qué prohibiciones, qué rencores. *Historia de mi madre* (2004), que hoy calificaríamos como “autoficción” es uno de sus libros fundamentales, referente, sin duda, para lo que yo misma

escribí —*Árbol de familia, Todos éramos hijos*— sobre la madre/mi madre, ese modelo móvil que nunca terminamos de armar.

Por cierto, Angélica me llevaba los años suficientes como para que la considerase una “madre literaria” o algo parecido, con toda la carga ambivalente de admiración y crítica inevitables, asociadas a ese rol que de algún modo le adjudiqué.

Había mucho que admirar: era decidida, brillante, ocurrente, carismática. Sabía enojarse con irónica cortesía, no perdía la calma. Se hacía ver, única, con sus enormes aros de variados colores, sus collares inconfundibles y el cortísimo pelo teñido de rojo que había adoptado en sus últimos años casi como una insignia de combate. Encarnó hasta el fin, con gracia y sentido del humor, la exhortación de Dylan Thomas: “*Do not go gentle into that good night*”.

También había otras cosas para mí, al menos, irritantes. Era terca y, aunque sin ira, se encaprichaba. Como aquella vez, en Toulouse, cuando se empeñó en no visitar el famoso claustro de la Iglesia Les Jacobins, so pretexto del precio —módico— de la entrada. Con los claustros, en un sentido amplio, tenía, creo, un problema de fondo: su resistencia a todo lo que representara algún tipo de autoridad más o menos sistemática, no solo religiosa sino cultural e intelectual, por fuera del propio *élan* creativo. Las universidades y sus cuadrículas la fastidiaban (a veces, hasta el punto del desdén) aunque se sintiera halagada cuando se estudiaban sus textos. Después de todo, estábamos en esa ciudad para asistir a la Jornada organizada en su homenaje por la Universidad de Toulouse-Le-Mirail: “*Littérature et féminisme: le parcours d’Angélica Gorodischer*” (2006). Finalmente, no conocí Les Jacobins, pero tampoco renuncié a ser una escritora bicéfala. No solo seguí aplicando mis herramientas críticas (claustrales) a su obra, sino que co-dirigí —con la catedrática francesa Michèle Soriano— la tesis doctoral que le dedicó Maya Desmarais, una egresada tolosana.

“*Je ne regrette rien*”. Quizás porque Angélica siempre supo que la médula o raíz desde donde brotaban y se comunicaban, bastante armónicamente, mis dos cabezas, era el territorio fértil de la poesía. Atesoro sus lecturas que así lo señalaban. Extraño sus correos que me transmitían siempre, como novedades recién reveladas bajo su resplandor de cometa, los saberes y los sabores de la vida.

## Nota

<sup>1</sup> Buenos Aires, Argentina, 1954. Escritora e investigadora, doctora en Letras por la UBA. Directora académica del Centro de Ediciones y Estudios Críticos de Literatura Argentina en la Facultad de Filosofía, Letras y Estudios Orientales de la Universidad del Salvador. Su obra creativa comprende poesía, cuento y novela; sus últimos títulos *Solo queda saltar* (novela, 2018). *Así los trata la muerte* (cuentos, 2021) y el poemario *Los brotes de esta tierra* (2022). Recibió entre otros el Gran Premio de Honor 2018 de la Sociedad Argentina de Escritores, el Gran Premio de Honor 2020 de la Fundación Argentina para la Poesía y la Medalla Europea de Poesía y Arte (Bruselas, 2021).